

# Revista de Guimarães

Publicação da Sociedade Martins Sarmento

## **DEL JARDIN DE TIRSO. GLOSAS Y ASPECTOS DE "LA GALLEGA MARI-HERNANDEZ".**

TABOADA, Jesus

Ano: 1948 | Número: 58

---

### **Como citar este documento:**

TABOADA, Jesus, Del Jardin de Tirso. Glosas y aspectos de "la gallega Mari-Hernandez".  
*Revista de Guimarães*, 58 (3-4) Jul.-Dez. 1948, p. 161-183.

---

Casa de Sarmiento  
Centro de Estudos do Património  
Universidade do Minho

Largo Martins Sarmento, 51  
4800-432 Guimarães

E-mail: [geral@csarmiento.uminho.pt](mailto:geral@csarmiento.uminho.pt)

URL: [www.csarmiento.uminho.pt](http://www.csarmiento.uminho.pt)



Este trabalho está licenciado com uma Licença Creative Commons  
Atribuição-NãoComercial-SemDerivações 4.0 Internacional.

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

## DEL JARDIN DE TIRSO

---

### Glosas y aspectos de «La Gallega Mari-Hernández»

---

Reivindicado el puesto de honor que merece Tirso de Molina entre las glorias inmarcesibles del Siglo de Oro español — el único dramaturgo, según Menéndez Pelayo (1), digno de hombrarse con Lope — se recuerda este año de gracia de 1948, al son transparente de los claros clarines de la Fama, al egregio y opulento poeta mercedario que hace trescientos años moría obscuramente en la santa paz del convento de Almazán, en la áspera y ascética meseta soriana, una tarde, aun sin primicias primaverales, del mes de febrero de 1643.

Un parvo homenaje a su memoria son estos comentarios a la obra de más fuerte ambiente gallego entre las varias que escribió del llamado ciclo galaico-portugués.

#### Lusitano-galleguismo de Tirso

La vida de Fray Gabriel Téllez ha estado envuelta, hasta hace poco, en frondas de misterio, que van disipándose por la paciente investigación de sus modernos biógrafos.

Aún hoy no se sabe, aunque se colige con inducciones de casi evidente certeza, que Tirso estuviera en Galicia. La simple lectura de sus obras, en las que abundan descripciones, rasgos y referencias que sólo

---

(1) «Tirso de Molina». Estudios de crítica literaria. Segunda serie.

por directa observación podían ser captados, basta como prueba decisiva de ello.

Menéndez Pelayo <sup>(1)</sup> lo sugiere con toda evidencia, sin precisar la fecha del viaje. Aún más lejos va la profesora norteamericana del Smith College de Northampton, Massachusetts, EE. UU., Ruth Lee Kennedy, que estudia el teatro de Tirso de Molina, quien nos aseguraba tener razones convincentes para afirmar que el Mercedario había estado en Monterrey entre los años 1618 y 1622 <sup>(2)</sup>. Pero tales razones no las hay, sino son las que se deducen por conclusión indirecta.

Existen errores de bulto y apreciaciones someras del carácter gallego, que a veces son un tributo al tópico. Pero es natural que no limitase su fantasía, ciñéndose con servil obediencia a la verosimilitud histórica. En muchos casos ambientó sus obras con datos librescos, aunque se haya negado, y en la misma Mari-Hernández lo hizo, pero el poeta sabía también evadirse al vuelo de su traviesa imaginación, fuera de los lindes de toda realidad.

Admitida su estancia en Galicia no es fácil, sin embargo, precisar ni la fecha ni la duración.

Para Doña Blanca de los Ríos <sup>(3)</sup> se llena el paréntesis de los Protocolos de Toledo (11 de junio de 1607 a 13 de agosto de 1612) y la ausencia de Téllez, por entonces del Libro de Visitas del Convento mercedario de dicha ciudad, revisado por el P. Penedo, en los años 1608, 1610 y 1612 <sup>(4)</sup> con su asistencia a la Universidad de Salamanca, donde explicaba Teología Moral su maestro Merino. De aquí a Galicia pasaría, según la ilustre escritora, por motivos monásticos o «alargando sus excursiones hasta pasar la raya de Portugal o adentrarse por los deleitosos campos de

<sup>(1)</sup> Ob. cit.

<sup>(2)</sup> Así nos lo decía en correspondencia particular; pero la profesora Whyte, también norteamericana, en quien fundaba su aserción por este párrafo de una carta suya: «sé que Tirso pasó un rato en Monterrey; lo averigüé realizando yo misma una visita allí el verano pasado», no podía haber descubierto en Verín tal cosa.

<sup>(3)</sup> *Tirso de Molina*, «Obras completas». Tomo I. Madrid 1946, págs. LXII y sgs.

<sup>(4)</sup> A. H. N. Legajo 343.

Galicia» (4). El caso es que después de este *hiatus* biográfico apunta el galaico-lusitanismo de Tirso, iniciado con «*La Peña de Francia*» y seguido de «*La Gallega Mari-Hernández*», «*El Vergonzoso en Palacio*»,



TIRSO DE MOLINA

(Fray Gabriel Téllez)

«*La Villana de la Sagra*», «*La Santa Juana*», «*Averigüelo Vargas*», «*Doña Beatriz de Silva*», «*El amor médico*», «*La Romera a Santiago*», «*Escarmientos para el cuerdo*», «*Siempre ayuda la verdad*», «*Por el sótano y el torno*» y se cierra con «*Las Quinas de Portugal*», según el orden cronológico de Doña Blanca de los

(4) Ob. cit., pág. 1732.

Rios (1). No obstante, algunos de los argumentos que sirven de apoyo a la tesis de la eximia investigadora con relación a la época de la Mari-Hernández, no son terminantes. El *ruidoso proceso histórico* de la expulsión de los moriscos no afectaba a Galicia. Es cierto que la comedia se representaba en poblaciones en donde el problema existía y pudiera querer buscarse el efecto en el público que comprendiese la alusión, pero es que en la época en que Tirso coloca la Mari-Hernández, produjo la expulsión de los judíos, con exactitud histórica impresionante la situación que retrata la obra: «Errantes y dispersos — dice Murguía — (2) sin otros lazos que los que creaba entre ellos el mutuo peligro, vagaban los judíos gallegos». Fueron acogidos en Portugal por sus hermanos de raza, pero sólo constituyó una pausa breve en el rosario de persecuciones que este pueblo viene sufriendo con terrible reiteración. «Perseguidos en la nueva patria — continúa — repasaron las fronteras y tornaron a las antiguas moradas, hechos cristianos nuevos, pero fieles a las creencias que tenían de sus padres. En su mayoría escogieron para vivir las poblaciones fronterizas, La Guardia, Tuy, Salvatierra, Monterrey, Ribadavia, Orense, Monforte...»

Las tierras de Monterrey albergaban numerosa población judía en los tiempos de Tirso y por tanto ardía vivo el odio a la raza maldita, que la comedia recoge con áspero realismo:

OTERO — *¡ Ojalá que en este sierra!  
hiciéramos otro tanto  
de los judíos que el santo  
reye de España destierra*

(Acto I, Esc. VI)

OTERO — *De la Santa esquinación  
huye esta canalla infiel*

(id.)

CARRASCO — *¡ Oh qué maldita cosecha!*

(id.)

(1) Ob. cit., pág. cviii.

(2) «Galicia». Barcelona 1888, págs. 465 y 466.

Aun suena en los documentos el *Fosario dos Xudeus*, en los límites de Verín y Monterrey y pervive hoy la tradición de que la casa vieja que se conserva en Verín, frente al templo parroquial, era una sinagoga (1).

Otra razón que alega Doña Blanca de los Ríos (2) para sospechar que La Gallega Mari-Hernández fué escrita antes de 1621 se fundamenta en las alabanzas al Conde de Monterrey

MARIA — ¡ *Qué apacible!*  
 GARCIA — ¡ *Qué llano!*  
 MARIA — *Es conde*  
 GARCIA — *Es Acebedo*

(Acto II, Esc. IV)

DOÑA BEATRIZ — *Sois, conde, al fin, Acebedo*  
*Con razón Fernando os fia*  
*el peso de su privanza.*

(Acto II, Esc. VI)

Cree ella que estos elogios no los hubiera hecho Téllez a un apellido del Conde Duque, después de la prisión de Osuna.

Muy cierto que es aguda la observación, no sólo porque Olivares por el matrimonio de Don Enrique de Guzmán, segundo Conde de Olivares, Contador Mayor de Castilla y Alcaide de los Alcázares de Sevilla, con Doña María Pimentel de Fonseca, hija de

---

(1) Hartzenbusch recalca también el odio al judío en Galicia: «en donde era proverbial la expresión *al judío que lo quemén*, debía creerse, en efecto que todo el que seguía aquella religión estaba obligado a dejarse tostar en debida forma» («Teatro escogido de Fray Gabriel Téllez, conocido por el nombre de El Maestro Tirso de Molina». Tomo IV. Madrid 1839, pág. 225). A judíos portugueses alude el cantar recogido por nosotros en Monterrey, exponente de este mismo irrefrenable odio:

¡ *Oh portugués mal cristiano,*  
*criado na mala ley,*  
*viches o teu pai asado*  
*nas calles de Monterrei.*

(2) Ob. cit., pág. 1732.

Don Jerónimo de Acebedo, Conde de Monterrey (1) llevaba este apellido, sino que además estaba casado con Doña Inés de Zúñiga, hija del quinto Conde de Monterrey don Gaspar de Acebedo. La fecha de 1621 puede servir de límite *post quem* para la redacción de la obra, pero este argumento no prueba nada para el espacio de tiempo de 1612 a 1621.

El apellido Acebedo estaba ostensiblemente enaltecido con dos personajes que brillan con limpios méritos en aquellos turbios años: Nos referimos a los hermanos Don Gaspar de Acebedo y Don Baltasar de Zúñiga; el primero Virrey de Méjico y del Perú, que murió en la miseria después de una vida ejemplar de sacrificio y buen gobierno, y el otro el primer valido de Felipe IV, *hombre buenísimo*, como le llamó Marañón (2) y que mereció, igual que su hermano, justas y unánimes alabanzas de contemporáneos e historiadores (3).

De sus grandes virtudes tenía que saber Tirso, porque en su tiempo vivieron, y a ellos aludía, de seguro, al reconocer en los Acebedos la más firme e inmarcesible nobleza: la del corazón. Y por lo menos hasta 1621 nada podía frenar este impulso laudatorio. Hay sospechas de que Tirso anduvo hacia esta época por Galicia y Doña Blanca de los Rios cree sea un segundo viaje, pero las alusiones que en «La Mari-Hernández» concuerdan con esta fecha más moderna se introdujeron, según ella, en una refundición posterior (4).

Resumiendo, resulta para nosotros evidente la estada de Tirso de Molina en Galicia, en imprecisa fecha,

---

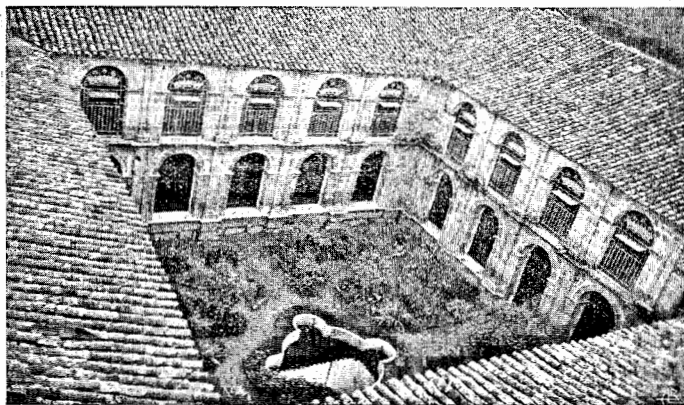
(1) «Fragmentos históricos de la vida de Don Gaspar de Guzmán, Conde de Olivares, etc.», por don Juan Antonio de Vera y Figueroa. Semanario Erudito de Antonio Valladares. Tomo II. Madrid 1787, págs. 156 y 157.

(2) *Gregorio Marañón*, «Antonio Pérez». Tomo II. Madrid 1947, pág. 226.

(3) De ambos hemos hecho unas ligeras semblanzas de sus vidas en «Varones ilustres de la comarca verinense». Madrid 1946, págs. 25 y sgts.

(4) Ob. cit. pág. 1853.

con detención algún tiempo en el Convento de Verín <sup>(1)</sup> a donde vendría, más que para excursionar desde Salamanca — bastante distante para viajes de placer — de paso para Portugal, como opinaba también el infatigable P. Guillermo Vázquez <sup>(2)</sup> o a descansar de las



*Claustro del Convento Mercedario de Verín (Orense), recientemente restaurado.*

hablillas cortesanas y envidiosos rivales, apartándose del *mundanal ruido*, en donde no tiene asiento la malicia

*de envidias y traiciones,  
de lisonjas, engaños y ambiciones*

(Acto I, Esc. VII)

como él mismo decía alabando esta tierra.

Fruto de este viaje nació el ciclo galaico-portugués, cuya obra cardinal, en lo que a Galicia se refiere,

<sup>(1)</sup> El Convento habla bajado de su primitiva instalación en Monterrey al priorato de Verín por acuerdo del Capítulo Provincial de 1597 (B. N. Ms 2684). Allí quedaron sólo algunos frailes para cumplir las mandas por los padres enterrados. En 1608 se dió licencia al Comendador para trasladar la iglesia de la Magdalena a la villa de Verín y lo mismo los huesos de los difuntos (B. N. Ms 2438). En 1642 se desmanteló la iglesia y se trajeron las cenizas.

<sup>(2)</sup> En nota que nos dirigió desde El Ferrol, el 16 de enero de 1935.



es «La Gallega Mari-Hernández», en la que, salvo las cuatro escenas primeras del Acto I, desarrolladas en Chaves, el resto se desenvuelve enteramente en Galicia.

### Acclón

Se inicia el argumento de «*La Gallega Mari-Hernández*» con un hecho histórico de poco más de cien años atrás: el abatimiento de la nobleza portuguesa en el reinado de Juan II, como culminación de un proceso típico en el Renacimiento, que tiende a consolidar el poder real, sin escrúpulos morales, a costa de los nobles turbulentos.

Aquí aporta Tirso los datos librescos que le suministran las historias sobre las posibles relaciones entre Braganza y los Reyes Católicos; la exigencia del monarca a que la «nova fórmula de *menagem* que todos os representantes em côrtes deverían ler de joelhos ante a pessoa do rei» (1), no excluyese a Braganza, de ascendencia real:

*Andaba el rey receloso  
del Duque, porque al jurarle  
en las Cortes, cuando en Cintra  
llevó Dios al rey su padre,  
reparando en ceremonias,  
por no usadas, excusables,  
quiso según las antiguas  
hacerle el pleito homenaje.*

(Acto I, Esc. I)

y sigue relatando la muerte de Braganza, el castigo de Montemor y otros pormenores con todo rigor histórico. Como consecuencia de esta persecución, la huida de Don Alvaro de Atayde—nombre que había de usar después Calderón en «El Alcalde de Zalamea»—primo de Montemor, acogiéndose a la emigración,

(1) *Newton de Macedo*, «Historia de Portugal». Tomo II. Porto 1936, págs. 48 y sigts.

como sucedió y sucederá siempre en los vaivenes y vicisitudes de la política. Y cuando

*cansancios y pesadumbres  
alientan la fuerza al sueño*

(Acto I, Esc. VIII)

surge la protagonista, Mari-Hernández, que brinca en la agreste serranía del Larouco y encuentra al noble dormido. El Amor clava, al instante, sus saetas en el ingenuo corazón de la aldeana y se sostiene el hilo de la narración con los celos de la arriscada gallega al descubrirle primerizos amores.

Y aquí es preciso declarar que Tirso conoció poco a la mujer gallega. El, que fué el poeta de la Mujer, (con mayúscula como escribe Doña Blanca de los Ríos) (1), «en toda su realidad psico-física, en toda su variedad opulenta» no acertó a encarnar el tipo de mujer gallega con *imperiosa atracción de la verdad*. Trazó una mujer a su manera y desde luego irreal y fantástica, como encarnación psicológica de la hembra de la región. Reconocemos su personalidad recia, vigorosa y encantadora, pero como ficción poética, nunca como caracterización etopéyica de las mujeres de la raza (2). Y en el juicio de las otras Tirso quemó incienso al más estúpido lugar común; en él menos disculpable porque conoció el país. Cuando escribe, por ejemplo, con su natural desparpajo:

*que son muchas gollerías  
pedir doncellez gallega*

(Acto II, Esc. I)

(1) Ob. cit., pág. XLVI.

(2) Es difícil ver en ella los *harto seguros rasgos* que, para nuestro gran Murguía, supo dibujar el poeta («Historia de Galicia». Tomo I. Coruña MCMI, pág. 250). Y extraña también que Doña Emilia Pardo Bazán afirme que a la mujer gallega «describióla a maravilla la musa del gran Tirso» («La Gallega». Biblioteca de las Tradiciones populares españolas. Tomo IV. Sevilla 1884, pág. 164). Resulta insólito que quienes muy bien conocían el país hayan sufrido tal espejismo literario.

que ya indignó, y con razón, a Hartsenbusch (1), no hace más que ser intérprete, en busca del asenso público, de una vulgar opinión de desprecio a Galicia, de que hay abundantes testimonios en la literatura clásica y que expresa el refrán de «antes moro que gallego» (2), como culminación de esta desdenosa actitud.

Galicia era un país ignorado y lejano (3) del que se podían decir las más absurdas patrañas con segura patente de circulación. Nada extraño, por otra parte, cuando aun hoy son frases vulgares muchos dicterios contra los gallegos.

El desconocimiento es tal, que unos años más tarde puede escribir una viajera — y para mayor sarcasmo pone la opinión en boca de un gallego — «que Galicia es tan pobre y de escasa belleza que no permite alabanzas» (4).

No todo es, sin embargo, tan desapacible que no haya excepciones honrosas, en la misma literatura de la época. La Elvira de «El mejor Alcalde, el Rey» y los elogios que en esta obra expresa Lope a la tierra y a los hombres (5) son una réplica a la desestimación

(1) «Calumnia atroz, por más que esté expresada en buenos versos. En Galicia hay tantas virtudes, a lo menos, como en cada cual de las otras provincias de España» (Teatro escogido .. Tomo IV, pág. 226). Importa, sin embargo, hacer constar que este concepto depresivo de la mujer gallega lo extendía Tirso a las demás, cuando le venía a cuento. Valgan estas dos ocasiones a vía de ejemplo: «Seis doncellas he forzado — ¡dichoso llamarme puedo — pues seis he podido hallar — en este felice tiempo!» («El condenado por desconfiado», jornada primera). «Que hallar una mujer buena — nunca suele costar poco («La Peña de Francia», Acto III, Esc. XVI). Este concepto de Tirso sobre la mujer parece más producto del resentimiento por su origen bastardo que creencia en lo del *animal imperfecto* de los Santos Padres, como causa y raíz del pecado.

(2) Todavía, más fuerte es la expresión de «antes puto que gallego» que recoge el autor anónimo de «La vida de Estebanillo González».

(3) Esta distancia e incomodidad de Galicia encarecen los siguientes versos de Calderón: «Si vivir no quisiera sin injurias — en Galicia o Asturias — antes que en esta corte» («La Dama Duende», jornada I, esc. XI).

(4) Condesa de Aulnoy: «Un viaje por España en 1679». Cap. VI. Ediciones La Nave. Madrid s. a. pág. 75.

(5) «Pero en Galicia, señores, — es la gente tan hidalga — que sólo en servir al rico — el que es pobre no le iguala — («El Mejor Alcalde, el Rey», Acto primero, Esc. VII).

de Tirso, el cual, por le demás, redarguye contra sí con la propia Mari-Hernández.

La acción desarrollada con gracia artística de la mejor cepa, en versos llenos de brío y valentía, termina con el triunfo de la gallega, consiguiendo que el Rey portugués le dé el título de condesa de Barcelos, para unirse, sin escrúpulos nobiliarios, a Don Alvaro de Atayde.

### Tiempo

Ya queda dicho que el argumento de «La Gallega Mari-Hernández» comienza con un hecho histórico que emplaza la acción por el año 1483.

No faltan anacronismos, que prueban que Tirso — igual que Lope — trabajaba de prisa y las pinceladas librescas eran rápidas y someras, para servir sólo al interés dramático del momento.

La expulsión de los judíos no corresponde a la cronología del argumento, pues fueron arrojados de España nueve años después de la fecha en que sitúa la acción de «La Gallega Mari-Hernández». Tampoco es cierta la existencia de guerra entre Portugal y España <sup>(1)</sup> cuyas paces se firmaron en octubre de 1479 y fueron confirmadas las avenencias anteriores en 1483 por gestiones de Hernando de Talavera <sup>(2)</sup>.

Insistimos otra vez en lo ya expuesto: estos lapsus no prueban más que la despreocupación de Tirso por la estricta verdad histórica y afirman la libertad de la fantasía para crear sin servil adhesión a nada. No puede exigirse al poeta que viaje por inexorables carriles, aunque no sea tan válido el mismo criterio cuando de la personal observación se trata; y en esto no le faltan fallos al eximio mercedario.

Por otra parte, en lo fundamental, la acción se encuadra con hechos ciertos, como la agitación nobi-

---

(1) «Como tien Castilla guerra — con Portugal tanto ha — los fronterizos de acá — habitamos en la sierra» (Acto I, Esc. VI) y también en Acto II, Esc. VI.

(2) P. Mariana, «Historia de España». Cap. XXIII. Libro Vigésimocuarto.

liaria en Portugal; los incidentes de frontera, aun firmadas las paces; la participación del Conde de Monterrey en las batallas contra Alfonso V; acudiendo a Zamora Don Sancho Sánchez de Ulloa con escuadrones gallegos, etc.

### Lugar

En nuestras peregrinaciones, rastreando las huellas toponímicas de «La Mari-Hernández», para, a ser posible, conocer y ubicar su escenario, hemos sacado la conclusión cierta e indiscutible de que Tirso pisó también aquellos caminos que nosotros recorriamos con el alma prendida en su emocionado recuerdo.

Algún error geográfico llama la atención, porque el deslizarlo voluntariamente no hacía ganar nada al desarrollo de la trama.

Dicê refiriéndose al Larouco:

*Aquí el Támeiga baña  
Apacible los pies de esta montaña*

(Acto I, Esc. VIII)

Sólo aludiendo a estribaciones que nada tienen que ver con esta sierra, puede justificarse el yerro.

Pero las tierras que canta con tan encendido entusiasmo, los valles amenos y floridos de la Limia, Monterrey y Laza, paraísos de Galicia, la aspera sierra del Larouco, lomo empinado que pasa de los 1500 metros, no hay duda que las tuvo ante su retina, e impresionaron su sensibilidad artística, inmortalizándolas, en premio, por la magia de sus versos.

Casi puede recomponerse la acción con probable exactitud. Después de las cuatro primeras escenas en casa de Doña Beatriz, en la villa portuguesa de Chaves, huyen Don Alvaro y Caldeira hacia la sierra del Larouco. Es preciso advertir que siguiendo este recorrido hay un importante camino que fué ruta de peregrinación jacobea, siguiendo por Vilar de Perdices, en donde se conservan restos de un hospital de peregrinos, a Cualedro, Sarreaus y de aquí a Vilar de Barrio para unirse al viejo itinerario de la Alberguería.

Este, con el otro que entraba por Verín siguiendo la línea del Támeга y empalmaba con la ruta de Puebla de Sanabria, eran dos de los que enlazaban el Norte de Portugal con Compostela.

Para localizar las primeras escenas de Galicia existe una descripción topográfica bastante expresiva:

*Es de Laroco esta empinada sierra,  
y Limia este florido  
valle (que es guarnición de su vestido),  
por fértil estimado:  
el de Laza, que yace a estotro lado,  
ameno se avecina  
al val de Monterrey, con quien confina.  
Cinco leguas de Chaves  
dista este monte.*

(Acto I, Esc. VII)

Tres pueblos, antes de la jurisdicción de Monterrey, — Cualedro, Penaverde y Valdriz — están situados de tal manera que avistan el Larouco y quedan separados por las eminencias del Montouto, del Valle de Laza. De los tres, el más próximo a la sierra, tal y como parece deducirse del verso, es Cualedro. Situado en la cumbre de la divisoria de los valles del Támeга y La Limia es quien mejor conviene a la descripción de Tirso. Hasta pudo en su viaje de ida o regreso a Portugal seguir la ruta antes mencionada como importante camino de peregrinación. Quizá también fué un lugar imaginario, sin precisión geográfica, aunque ahora pretende ubicarlo la fantasía del glosador; sin embargo se delinea el escenario con referencias tan exactas que hasta la distancia resulta cierta.

El tercer acto en Monterrey, está perfectamente adecuado. Asimismo se adapta a la realidad la mención de la fortaleza de Portela, situada estratégicamente en términos de Lodosedo, en la Limia,

*que coronando la cima  
de aquel apacible monte  
entrambas rayas registra*

(Acto II, Esc. VI)

Por la importancia de este castillo en la defensa de la frontera portuguesa se obligó a los pecheros de la comarca con servidumbres diversas, como la provisión de paja, leña, piedra o madera para sus necesidades y las velas de la puerta en turnos de ocho días cada individuo (1).

### Etnografía y Folklore

La literatura clásica ha sabido reflejar de tal modo el ambiente y la época, que la lectura de ese acervo glorioso es fuente inestimable de noticias etnográficas y folklóricas y pintura atractiva de costumbres. Pero quizá ninguno de nuestros escritores del Siglo de Oro aportó, como Tirso, un caudal tan inagotable de datos reales. Con exactísima expresión dice Doña Blanca de los Ríos (2) que «los caracteres y el ambiente en la obra del Mercenario son dos creaciones tan grandes que la suma de las dos constituye un cosmos portentoso». «Tirso cogió la vida a manos llenas y la metió en el teatro».

En «La Mari-Hernández» la naturaleza se presenta con ricos destellos realistas: La sierra bravía tapizada de nogales, encinas, castaños, carballos, juncias y tojales; los sotos umbrosos; los valles amenos con prados y nabales por los que suspira Dominga; el pan cenido, la boroa, el millo, *las celebradas truchas* de sus ríos cristalinos; los colmenares, cabras, vacoriños, gallinas y lechones, todo nuestro mundo rural, entra en la escena con vigorosa evocación, al conjuro de los versos rotundos.

\*

Y se recuerda también la *mallá*, una de las más viriles y típicas labores efectuada a la manera tradicional con el látigo (*mallo*) que aun hoy tiene amplio

---

(1) Carta de hidalguía de los Dopazo, en mi Archivo particular.

(2) «Tirso de Molina», Conferencia leída por su autora en el Ateneo de Madrid, el día 23 de abril de 1906. Madrid 1906, págs. 36 y 37.

y dilatado uso en la comarca, a pesar de haberlo dado por desaparecido (1):

*Los gallegos al limpiallo  
robustos juegan el mallo  
y menosprecian el trillo*

(Acto II, Esc. II)

Y los vería Tirso cómo retozaban en la *boura* (2), con enconadas porfías y burlas para el vencido, cuando no golpes y descalabraduras al enredarse en agrias disputas. Y las mismas rivalidades en la cava o en la huebra, en la que Don Alvaro pretendía no dar a nadie ventaja. Todo lo captaba en sus ojos viajeros, abierta su curiosidad insaciable al medio circundante; y llevaba luego en el hatillo de camino el bagaje de sus recuerdos, para trasladar a las comedias, con ironía aristofánica o con delicada y cordial delectación, la vida en su más plástica expresión.

\*

Presenció también, casi seguro, la ingrata labor de carboneo que María propone a Don Alvaro de Atayde, como debió ser testigo de una montería descrita en briosas y vivas escenas.

A lo que se ve, poco o nada variaron, de entonces acá, estas cinégeticas correrías. Allí se acosa a la fiera

(1) *Valeriano Villanueva*, «Agricultura», en Geografía del Reino de Galicia. Tomo I. Barcelona s. a. pág. 125: «El antiguo látigo trillador, que se usaba para esta faena en Galicia todavía en los primeros años de este siglo, ha desaparecido».

(2) Consiste la *boura* en la rivalidad entablada entre los dos bandos que *mallan*, para batir con más fuerte golpe. A los que pierden les insultan diciéndoles que *leven a ovelta ao prado*, metáfora para llamarles holgazanes. Es tal la pugna que a veces hacen apuestas entre dos pueblos cercanos para conseguir cada uno que el ruido de los látigos trilladores se oiga en el otro. En otros lugares de Galicia hay porfías que no difieren gran cosa de las que en la comarca verinense hemos presenciado tantas veces. (Vid. «Prácticas y costumbres», por Eugenio Carré Aldao, Geografía del Reino de Galicia. Barcelona s. a. pág. 732.



con algarabía de gritos, hasta encerrarla en la hoya, trampas a que aluden los documentos medievales con el nombre de fogios (*foxos* o *fossos*) (1); cuál se despeña por escarpada hoz, hostigada por trailla y cazadores; cuál muere a manos de los monteros. Ni más ni menos que lo que hoy se hace, aunque el uso del veneno vaya desplazando la vieja costumbre.

Al despuntar el día sale cada pueblo a cubrir su puesto, portando un individuo la *taloura*, ástil enhiesto, rematado en penacho de ramaje que tiene por objeto acusar el lugar que cada vecindad ocupa y el avance de la misma al acosar a las alimañas.

El monte se bate con estruendo de cuernos, latas y calderos, empujando la fiera al *foxo* de amplios muros que cierran en ángulo, en cuyo vértice está un pozo disimulado con maleza. Así es el que aun hoy existe en Fumaces y de muy análoga manera se describen otros de Galicia y Portugal (2), y así sería la hoya que Tirso vió y de la que habla en *La Mari-Hernandez*. En ella cayeron, además de los lobos — dos de ellos como burros —

*Diez jabalís, seis venados,  
tres zorras y tres garduñas*

(Acto I, Esc. VI)

Especies todas ellas que existen en la fauna gallega aun hoy y que entonces abundaban, como es natural, mucho más. «Ay tantos osos e puercos bravos que de noche guardan las viñas porque no se las coman

(1) *López Ferreiro*, «Fueros municipales de Santiago y de su tierra», Tomo I. Citado por Pablo Pérez Constanti, «Notas viejas galicianas». Tomo I. Vigo, 1925, pág. 196.

(2) *Antonio Fraguas*, «El lobo en las tierras de Cotovad». Bol. Com. Mon. de Orense, tomo XV. Fasc. III. Enero-Junio 1946; Carré Aldao, Ob. cit., pág. 794. Con curiosos detalles de varias épocas en Pérez Constanti, Ob. cit., págs. 193 y sigts. En Portugal puede verse el precioso trabajo de D. Alberto Vieira Braga, «Curiosidades de Guimarães. Montarias». («Rev. de Guimarães», vol XL, n.ºs 3 y 4 y XLI, 1, 2, 3), que demuestra la analogía con las cacerías gallegas.

teniendo uvas» dice el Bachiller Olea <sup>(1)</sup> que escribía en el siglo XVI.

Tirso no deja tampoco de registrar en las páginas de la comedia la presencia del oso, fiera ahora casi extinguida y que la literatura de aquella época menciona en Galicia <sup>(2)</sup>.

En el Acto II, Escena VII, nos relata que:

*Abrazado a una colmena  
un oso que de su almíbar  
enamorado, escaló  
la custodia de una encina  
se defiende de tres perros,  
que por más que le persigan,  
sin que el robo dulce suelte,  
sus ardidés desatina.*

De poco vale la heroica defensa del enjambre que zumba y acomete al ladrón con valiente y obstinado empeño, sino vengasen los monteros a las esforzadas abejas.

En Asturias, en donde el oso aun es el «gran señor de las solemnidades desdeñosas y las hazañas gallardas» repite las proezas de antaño en los bardales intrincados de la serranía, como lo cuenta Cabal <sup>(3)</sup> con su prosa jugosa y palpitante de musicalidad.

En pleno monte de términos de Paradiña, por Valdrez y Rebordondo, sino los osos, perviven las colmenas, allá por el lugar en que hemos ubicado estas escenas de «*La Mari-Hernández*».

<sup>(1)</sup> José Filgueira Valverde, «El primer vocabulario gallego y su colector, el Bachiller Olea» (c 1536). Cuad. de Est. Gall. VIII. Santiago MCMXLVII, págs. 601 y 602.

<sup>(2)</sup> «Tambien hay oso que en pié — acomete al cazador — con tan extraño furor — que muchas veces se ve — dar con el hombre en el suelo». (Lope de Vega, «El mejor Alcalde, el Rey». Acto I, Esc. VI).

Aun en 1825 Antonio Marquina, vecino de San Pedro de la Torre (Orense) expone al Real Consejo los males que causaban la abundancia de lobos, osos, zorros y otros animales (P. Constanti, Ob. cit., pág. 200).

<sup>(3)</sup> «Las costumbres asturianas, su significación y sus orígenes». Madrid 1931, págs. 394 y 395.

\*

Costumbre muy extendida antes <sup>(1)</sup> y que nosotros hemos visto muchas veces, es la lucha (*loita*) que como juego se entabla entre Benito y Otero. Herencia, según Murguía, <sup>(2)</sup> de los pueblos célticos y de cuyas prácticas gimnásticas, referidas a los lusitanos, dice Strabón <sup>(3)</sup> que servían para ejercitarse en el pugilato, la carrera, las escaramuzas y las batallas campales.

\*

Otro aspecto interesante es la fiesta con que se celebra el cumpleaños de Maria. Aprovecha Tirso estas escenas para añadir con brochazos folklóricos, sabor netamente gallego a la obra. Estos pueblos, como los que vió el viajero italiano Quirini, son pródigos en los días de gran fiesta, aunque vivan precariamente el resto del año. Y cuando el anfitrión es rico hacendado y corre el vino de balde y se calientan los cascos, habia de surgir el cantar picante y descarado en boca de una mozuela, como aquellas mujeres alegres de que habla el Arcipreste, que de amor se repuntan.

La cantiga, con ritmo de gaita gallega al son de la cual bailan los serranos, es de origen popular y en ella sale a relucir el cura, motivo tan repetido en el cancionero y la paremiología de la región y que supone un acierto de Tirso para recoger tema típico y regocijante a la vez.

La cantiga, tal y como la transcribe Hartzembusch <sup>(4)</sup> dice así:

*Cando o crego andaba no forno  
ardera lo bonetiño e toudo.*

(1) Carré Aldao, Ob. cit., pág. 713.

(2) Ob. cit., Tomo I, pág. 265.

(3) III, 3, 7.

(4) Acto II, Esc. IV. Citamos siempre por la edición de Hartzembusch que figura en la nota <sup>(1)</sup> de pág. 165.

*Vos si me havés de levar, mancebo,  
¡ay! non me avedes de pedir celos.*

*Hum galan trage da cinta na gorra;  
diz que lla deu la sua señora.*

*Quérole bem á lo fillo do crego;  
quérole bem por lo bem que le quero.*

*¡Ay miña mai! passaime no río;  
que se levan as agoas os lirios.*

*Assenteime em hum formigueiro;  
docho á o demo lo assentadeiro.*

Hartzenbusch <sup>(1)</sup> advirtió que el gallego de esta comedia era un chapurrado para hacer reír; lo que puede ser cierto para el del diálogo del III Acto, porque aquí lo que se advierte son voluminosas erratas, probablemente aumentadas con la reimpresión, a la castellana, del recopilador.

D. Antonio de la Iglesia <sup>(2)</sup> la rectificó así:

*Cando o crego andaba no forno  
Ardera-lle o bonetiño e todo.*

*Vos se me habés de levar, mancebo,  
¡Ai! non me habedes de pedir zelos.*

*Un galan tray unha cinta na gorra;  
Diz-que lla deu a sua señora.*

*Quérolle bém á o fillo do crego;  
Quérolle bém pol-o bém que lle quero.*

*¡Ai miña mai! pasaime no río;  
Que se levan as ágoas os lirios.*

*Asenteime n'un formigueiro;  
Dóuchov'ó démo o assentadeiro.*

(1) Ob. cit., pág. 226.

(2) «El Idioma gallego. Su antigüedad y vida». Tomo III. La Coruña 1886, pág. 144 y 145.

De vieja tradición es el ritmo de gaita gallega, dactílico o anapéstico, propio para ser cantado y bailado y que aparece en las Cantigas de Alfonso el Sabio y en el Cancionero de la Vaticana. Ritmo de muñeira o agallegado, como despectivamente ha querido llamársele (1), en versos endecasílabos o de otros metros, pero siempre armónicos y encantadores en su campesina musicalidad.

De aquí que Tirso haya querido incorporar a su obra «algunos elementos del lirismo tradicional gallego» (2) que no son otros que esta cantiga de *mal decir* en seis pareados paralelísticos que se utilizaron en la lírica medioeval galaico portuguesa y después en los poetas cortesanos del XIV y del XV y que a «La Mari-Hernández» fué llevada por Tirso como un enlace con la más antigua tradición lírica hispano-portuguesa.

\*

Y como no podía ser menos, hay alusión a las brujas en una tierra que:

*es tan fértil en dar brujas  
como nabos.*

También Lope (3) alude a las mismas creencias gallegas y a un aquelarre, al hablar de Fileno, el gaitero, quien

*toca de noche a las brujas  
que andan por esos barbechos  
y una noche le llevaron,  
de donde trujo el asiento  
como ruedas de salmón.*

Téllez no quiso omitir en esta obra, que aspiraba a perfilarse con perspectiva y ambiente regional, una creencia que flota en la atmósfera de Galicia, viva e inquietante siempre, porque es expresión de un tras-

(1) Cit. por P. José Mouriño: La literatura medioeval en Galicia. Madrid, 1929.

(2) *Menéndez Pelayo*, «Estudios y crítica literaria», Tomo II, pág. 152.

(3) «El mejor Alcalde, el Rey». Esc. XII, Acto III.

mundo desconocido y vagoroso en que se vislumbra la fantasía céltica.

\*

Y en este afán del Mercedario de escanciar la vida en el teatro, infundiéndole calor de humanidad, con personajes de carne y hueso, que rien, lloran, picardean o retozan en la salsa de su real y verdadera parla, hay copia en sus páginas de romances, proverbios, dichos, sentencias, refranes y modismos con que el pueblo se expresa.

En lo que a «*La Gallega Mari-Hernández*» se refiere, se espigan lo mismo romances, como aquel muy bello por cierto que empieza:

*Mal segura zagaleja  
la de los lindos ojuelos*

(Acto II, Esc. X)

que refranes o frases muy conocidas aun hoy, (*quien escucha su mal oye, un pan como unas nueces, llególes su San Martín, la sogá tras el caldero*, etc.) u otras que no lo son tanto. Así:

*entrando que parecía  
la gata de Mari-Ramos*

(Acto III, Esc. I)

Con la frase «la gata de Juan Ramos o de Mari-Ramos» «se zahiere y nota a alguno de que disimuladamente y con melindre, pretende alguna cosa dando a entender con humildad afectada que no la quiere» (1). Téllez, maestro en el bien decir, define con dos trazos una situación o un carácter.

Otras expresiones son hoy de más difícil interpretación. Tal ocurre con la frase

*¿Pasaste la cruz del Ferro?*

(Acto II, Esc. I)

(1) «Diccionario de la Lengua Castellana», compuesto por la Real Academia Española. Segunda edición. Madrid, MDCCLXXXIII, pág. 509.

en el diálogo con gracejo donaire y a veces chocarrias, entre Caldeira y Dominga, que se refiere posiblemente a si ya podía considerarse ésta capaz de tener novio. En los límites entre Galicia y Castilla existía una cruz de hierro en la que los segadores gallegos dejaban sus harapos (1). El que servía para ir a Castilla era considerado como hombre entero y cabal. Algo así como un rito de iniciación o entrada en la juventud que existió en todos los pueblos naturales, con raigambre en la prehistoria. No otra cosa sucede en las comarcas ganaderas «al acoger los chicos que pueden cuidar el rebaño, que es el primer escalón para subir a la mocedad» (2).

En muchos lugares de la provincia de Orense aun la aptitud para la emigración es el espaldarazo que da categoría viril al adolescente. En Entrimo llaman despectivamente *mantán* al incapaz de ganarse la vida en Castilla; y en Laza es el vestirse de cigarrón lo que da patente mocedad.

Pero impensadamente se va dilatando esto que quiso ser breve comentario a una obra de Tirso, no todo lo conocida y apreciada que se merece, a pesar del juicio laudatorio de su biógrafo Muñoz Peña para quien «*La Gallega Mari-Hernández*» no es sólo la mejor de las creaciones de Tirso, sino que dudamos

(1) La cruz de Ferro se hallaba situada en el puerto de Foncabadón y al pié de ella arrojaban los segadores que por primera vez hacían el viaje a Castilla, una piedra a un montón grande que allí había. De vuelta, si habían salido libres de latrocinios y ultrajes, dejaban sus hoces como ex-voto en el santuario de Nuestra Señora de las Angustias. (Vid. sobre la Cruz de Ferro: *José Fernández Prado*, «Dios salve a Galicia», Vigo 1862, 32 p. 4.º; *Marcelo Macías*, «El Obispado de Astorga a principios del s. XIX», Orense 1928, pág. 67 y nota 6.ª pág. 116; *Enrique Gil*, «El segador», en «Los Españoles pintados por si mismos», págs. 211-213, citado por *J. Caro Baroja*, «Los pueblos de España», pág. 333.

La frase «pasaste la cruz de Ferro» debía emplearse en sentido metafórico para indicar lá pérdida de la virginidad. Así parece desprenderse en el verso de Tirso y en «La vida de Estebanillo González», Cap. primero.

Agradezco al erudito investigador Sr. Bouza-Brey la bibliografía sobre la Cruz de Ferro.

(2) *Luis de Hoyos Sainz y Nieves de Hoyos Sancho*, «Manuel de Folklore». Madrid 1947, pág. 349.

que haya otra en todo el teatro español tan genial y de tanta transparencia artística, tan arrogante y que tanto interés nos inspire».

El juicio es quizá hiperbólico, pero lo que sí puede decirse es que el genio de Tirso no abatió su vuelo aquilino al escribir esta deliciosa comedia que le inspiró su viaje a Galicia y Portugal.

JESUS TABOADA.